



Catedral Primada de América

Viernes Santo 2024

Sermón de las 7 Palabras

SÉPTIMA PALABRA

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23, 46).

“Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús con voz potente, dijo: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto expiró” (Lc 23, 46)

El Evangelio de Lucas pone en boca de Jesús la antigua súplica de un salmo de su pueblo: “A ti, Señor me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú que eres justo, ponme a salvo, inclina tu oído hacia mí; ven aprisa a liberarme, sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve, tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame: sálvame de la red que me han tendido, porque tú eres mi amparo. A tus manos encomiendo mi espíritu: Tú, el Dios leal, me librarás” (Sal 31,1-6). Y ciertamente, a Jesús, el Hijo amado, su Padre lo libró.

Estas palabras en labios de Jesús no son una mera cita bíblica, sino que son un acto de “entrega”, y de total abandono en las manos de Dios. En este momento extremo de sufrimiento, esta es una oración de absoluta confianza en Dios. En la cruz Jesús vive su profunda relación de Hijo.

En el huerto de los Olivos y en la Pasión, Jesús se dejó entregar en las manos de los hombres; invitándonos así a confiar en la fidelidad y Misericordia de Dios, padre suyo y Padre nuestro.

Hermanos, hermanas: No olvidemos que Dios es fiel y leal y mantiene su promesa y su alianza, a pesar de nuestros olvidos y pecados. Esa es una de las convicciones más fuertes en la teología de los profetas de Israel (cf. Is 55, 3; Jer 31, 31; Ez 34, 25). Jesús hizo suya esa convicción. Anunció la fidelidad de Dios. Y la vivió. Ante la experiencia del abandono de todos, incluso de sus discípulos más cercanos El confía en Dios, el Dios leal.

El tribunal religioso de su pueblo lo condenó por blasfemo. El tribunal político del imperio Romano lo condenó por agitador y rebelde. Los Judíos alegaban que su mensaje no llevaba a Dios. Para los Romanos su mensaje no favorecía la paz social y el mantenimiento del orden establecido. Pero en el trasfondo de todas las acusaciones, la realidad era que se sentían cuestionados por la coherencia de vida de Jesús, su libertad y lo novedoso y liberador de su mensaje. Y no era para menos: La vida de Jesús estuvo siempre centrada en cumplir la Voluntad del Padre; siempre amando a través de acciones concretas y anunciando el Reino de Dios. La actitud de Misericordia, ternura y trato digno que siempre dispensó a todos, especialmente a los descartados de su tiempo, contrastaba y cuestionaba la doble moral, la hipocrecía y el apego al poder, a la apariencia, y al dinero, característicos de los poderosos del templo y del imperio. Posiblemente a eso se refería Jesús cuando le dijo a Nicodemo: “habiendo venido la Luz al mundo, los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo



aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.. ” (Jn. 3, 19-20).

Ahora, clavado en la cruz, en este momento de extremo sufrimiento, privado de todo apoyo, Jesús apela al que siempre fue su baluarte y su amparo. Su oración final es un acto de absoluta confianza en Dios y una denuncia de los falsos apoyos humanos, que tantas veces buscamos. Pone en manos del Padre su espíritu, su vida toda (y con ella la nuestra). Pero... qué significa eso para nosotros hoy? cuál es el contenido de “su espíritu”? Qué es lo que Xto pone en manos del Padre?

Un autor moderno comenta bellamente que: “Cuando Jesús expira, pone en las manos de Dios el pan que partieron sus manos, los amaneceres desde el mar de Galilea, el tesoro escondido, las miradas de los ciegos, la ofrenda de la viuda, las espigas arrancadas en sábado, la medida rebosada, las hojas de la higuera, los pies de sus discípulos, la casa de Cafarnaúm, el amor de sus amigos, las negaciones de Pedro, los sueños de José, las setenta veces siete, el regreso del hijo pródigo, el samaritano que se detuvo en el camino, la estrella que guio a los Magos, la tentación de transformar la piedra en pan, las monedas que abandonó Mateo para seguirle, el agua del Jordán, los limpios de corazón, la corona de espinas, el sudario de Lázaro, la cabeza del Bautista, los sepulcros blanqueados, , la puerta estrecha, las letras que escribió en la arena, el pozo de Jacob, las preguntas de los fariseos, el camello y la aguja, las migas de la cananea, la mostaza y la levadura, el signo de Jonás, la tempestad calmada, el pórtico de Salomón, el vino alegre de Caná, las manos de Pilatos, la soledad de sus últimas horas, las lágrimas de María, la sal del mundo, la justicia del reino y todo lo que por añadidura se nos dará. Todo esto es lo que Jesús entrega al Padre cuando, en su último aliento, le encomienda su espíritu”.

Es decir, todo lo que El era y había vivido.

Hermanos , hermanas.... Esta cruz en que Jesús está clavado, nos interpela. Preguntémonos en este día Santo: Qué le entregamos nosotros al Padre? Qué ponemos en manos de Dios en este día? San Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, nos propone contemplar a Jesús crucificado y hacernos estas 3 preguntas: : "**¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo**".' (EE. 53). La respuesta a estas preguntas nos lleva a un compromiso de más amarlo y seguirlo.

Estamos viviendo en una era de profunda ansiedad. Nos asustan las enfermedades y las epidemias, y todavía el coronavirus y sus secuelas. Somos cada vez más conscientes de que el planeta puede estar precipitándose hacia el desastre. Hace apenas 10 días, se publicó el informe del estado del clima, elaborado por la Organización Meteorológica Mundial ; a partir de ese informe, el secretario general de la ONU, “consideró al planeta al borde del abismo”. Somos cada vez más conscientes de que el planeta puede estar precipitándose hacia el desastre.

A nivel local, en nuestro país nos asustan y preocupan la inseguridad ciudadana, la violencia intrafamiliar, la política mal entendida y ejercida y la alarmante frecuencia de los abusos sexuales a menores.

En general, tememos al fracaso y a la muerte. Adolecemos de una profunda inseguridad, de un derrumbe de la confianza. Es paradójico, porque estamos mucho mejor protegidos y más seguros



que ninguna otra generación precedente dentro de la historia de la humanidad, al menos en Occidente. Contamos con mejores condiciones materiales de vida. Disponemos de una medicina más eficaz, y avances en las ciencias y la tecnología que eran impensables hace 30 o 40 años. Y sin embargo tenemos más miedo. En el año 2019, antes de la pandemia del Coronavirus se reportó que 301 millones de personas en el mundo padecían un trastorno de ansiedad. En la actualidad, se calcula que el 4% de la población mundial la padece. Según la Organización Mundial de la Salud, en nuestro país un 4.7% de la población padece de trastornos depresivos y un 5.7% de trastornos de ansiedad.

Por otra parte, en nuestro país constatamos con preocupación que en los últimos años se ha incrementado significativamente el consumo de alcohol, la drogodependencia, el maltrato físico, y la violencia sexual. Todos ellos problemas psicosociales causados por factores diversos.

En el fondo de todas esas realidades, probablemente está el hecho de que vivimos en una cultura del control. Son muchas las cosas que APARENTEMENTE podemos controlar: la fertilidad y los nacimientos, tantas enfermedades que ahora tienen curación; podemos controlar las fuerzas de la naturaleza; se modifican genéticamente los organismos vegetales o animales; se rectifica el curso de los ríos. Y Occidente controla a la mayor parte de la humanidad. Pero en lo más profundo de nuestra persona, nos damos cuenta de que eso es una ilusión, un espejismo. Porque el control nunca es absoluto. Entonces, muchos buscan ese control que da una sensación de seguridad refugiándose en conductas y actitudes que conducen precisamente a lo contrario de lo que buscan: Ese vacío existencial se hace más grande y doloroso. Porque el Único que puede llenarlo y hacer plena nuestra vida es Dios.

Todo este panorama, indudablemente, induce al miedo. Sobre todo nos da miedo la muerte, que desenmascara nuestra carencia última de control. Quizás debemos rebelarnos ante esta “civilización del espectáculo” que pone como principal valor y prioridad el entretenimiento, la apariencia, diversión y el pasarlo bien, que a final de cuentas nos ha ido llevando a la decadencia de la cultura humana. Quizás conviene dejar de “consumir” la alegría y la felicidad triviales que nos vende el “neuromarketing” con sus atractivas ofertas.

Quizás debemos renunciar a la necesidad de vivir de la apariencia, a los “like” y a los “views”. Quizás, hermanos, esta última Palabra de Jesús en la Cruz nos está invitando a volvernos a nuestro interior, a lo sagrado y a lo profundo, donde Dios nos habita. Volvamos a lo verdaderamente importante.

Pero, hermanos, a pesar de que el mundo está como está, y aún ante la muerte, no es el fin del mundo. Y no lo es porque el mundo ya ha acabado. Cuando Jesús muere, el sol y la luna se oscurecen, los sepulcros se abren y los muertos andan. Este es el fin del que hablaban los profetas. Lo peor que se podían imaginar ya acababa de ocurrir. El mundo se derrumbó. Pero después vino el domingo de Pascua.

Jesús nos invita a que dejemos de tener miedo. Todo aquello que nos aterra le sucedió a El en el viernes santo; el día en que finalizó el viejo mundo y se inició un mundo nuevo.



Hermanos y hermanas: La muerte no tiene la última palabra, porque el Amor no puede morir. Con la fuerza del Espíritu de Jesús reclamemos y construyamos una nueva era del espíritu humano, que supere el espíritu de este mundo encerrado en sí mismo.

Es la hora, no solo de entregar nuestros miedos y toda las realidades de nuestra vida a Dios, sino que es la hora de verle esta otra cara a la vida y a la muerte: la cara del espíritu humano y del Espíritu de Dios unidos, superando juntos esta hora difícil de la historia, esta supremacía dañina del espíritu mundano, materialista e idólatrico. Necesitamos desprendernos del mal espíritu que pretende reducir la historia humana, al consumo enfermizo, al apego al dinero y a la obsesión por el poder.

Encomendemos en las manos del Padre todo lo que nos duele y preocupa:

La inseguridad ciudadana, la crisis climática, los niños y niñas abusados sexualmente, las mujeres maltratadas y asesinadas, las víctimas del fuego de Salcedo, y de La Victoria, las elecciones de mayo, la política mal entendida y ejercida, los mercaderes de la política que nos están prometiendo un paraíso; y los que nos quieren hacer creer que ya vivimos en él.

También pongamos en sus manos los países en guerra, la Iglesia universal y nuestra iglesia dominicana.

Terminemos esta contemplación de Jesús en la cruz con estas palabras de un profeta y poeta de nuestro tiempo: Monseñor Pedro Casaldáliga:

En el seno del Espíritu el Padre te acoge, Hijo Bien amado, Amén de su Amor ya satisfecho. La Muerte ha sucumbido en tu Muerte como un fantasma inútil, para siempre. Y en tus Manos reposan nuestras vidas, vencedoras de la muerte, a su hora. En tu Paz descansa esperanzada nuestra agitada paz. Descansa en Paz, por fin, en la Paz del Padre, eterno, Tú que eres ¡nuestra Paz!

Dra. Ángela López (Laica):

Laica comprometida Miembro de la Comisión de Prevención de abuso sexual de menores